

# VAMPIRESA ESPAÑOLA

(Spanish Vampire)

por

E. HOFFMANN PRICE

Encerrar el enorme Packard del profesor Rodman significaba ocho dólares más para el patrón y que no durmiera yo aquella noche. ¡Adiós la posibilidad de estudiar mis lecciones para la clase matinal a la cual asistía! No obstante, cuando vi que el juez Mottley dirigía su coche hacia el surtidor de gasolina hice florecer en mis labios la mejor de las sonrisas. Esto era lo que el patrón deseaba que hiciésemos siempre que llegaba algún cliente en busca de combustible.

—Buenas noches, señor juez—saludé, a pesar de que Mottley no era ya juez. Habíase retirado de la profesión en cuanto conoció lo suficiente del tinglado judicial para establecerse privadamente. Su mirada era de las que ponen nervioso a cualquiera.

—¿Lleno el depósito?—pregunté, siempre con la misma sonrisa, pues, a causa de mis esfuerzos estudiando leyes, deseaba estar en buenas relaciones con el juez.

—No necesito gasolina—replicó secamente.—Lo único que necesito es un momento de su valioso tiempo, señor Binns.

Este era yo. Me quedé tan asombrado que olvidé borrar mi sonrisa y limpiar el parabrisas.

—Un...uu... uumm.

El juez fingió no notar mi balbuceo.

—He venido—prosiguió después de carraspear—para decirle que no entrará en la firma Mottley, Mottley Bemis y Burton aun-

que obtenga el primer puesto en los exámenes.

Se ajustó los lentes.

—Le digo esto a causa de los motines estudiantiles. Le vi volcar, ayudado por otros compañeros, la taquilla del Teatro Campus. No emplearía jamás en mi casa a un hombre que falta a la Ley. Buenas noches, señor Binns.

Antes de que yo pudiera replicar que lo de la taquilla había sido tan sólo una protesta contra el Teatro Campus, que se negaba a hacer una rebaja a los estudiantes, el juez había puesto ya en marcha su auto.

¿Por qué tenía que enfadarse conmigo? La taquillera no estaba dentro cuando hice rodar por el suelo la taquilla. Además los que entraron en el local fueron los que causaron todo el destrozo. Sacaron a la calle unas cuarenta butacas y arrancaron unas cuantas cortinas antes de que llegase la Policía. Pero el juez tuvo que verme precisamente a mí, que fui el más inocente de todos.

Me apoyé, anonadado, en el surtidor. Era como si me hubieran despedido de un empleo. En aquel instante el patrón salió corriendo de su despacho.

—¡Señor juez!—llamó.—¡Señor juez...!

Pero Mottley estaba ya lejos y no le oyó. El señor Hill volvióse hacia mí y gruñó:

—Eric, como insultes a otro cliente... Si no fuera por el Packard del profesor te des-